

José Balseiro  
RECUERDOS DE BLASCO IBÁÑEZ  
(*La Esfera*, 11-2-1928)

Respuesta.—En los primeros días de marzo de 1923 escribí a Vicente Blasco Ibáñez, a quien personalmente no conocía entonces. Poco después recibí una carta suya. ¿Acuse de recibo, cortés y brevísimo, de quien, dueño ya de la máxima popularidad que ha logrado escritor alguno, carece de tiempo para cumplir a medias sus innumerables compromisos? Carta a modo de apunte de retrato psicológico. Porque en ella quedaron aprehendidas dos de las virtudes capitales de su autor: exuberancia y cordialidad. En dos páginas de abundante lectura, Blasco me hablaba, estimulándome más a cada palabra, del librito recién llegado. Y en seguida, como a compañero de toda la vida, me daba noticias de sus luchas hasta vencer.

\*\*\*

Menton.—El automóvil avanza por la carretera recién embreada, entre los sombríos Alpes.

Ya en Menton, requiero del primer transeúnte dónde está la Villa Fontana-Rosa. Y el desconocido francés me pregunta: «¿La residencia del gran novelista? Allí». Señala. Seguimos la ruta invisible y cierta que apuntó su índice; poco después, a la puerta de Vicente Blasco Ibáñez, el jardinero me previene: «No está en casa; búsquelo usted por el centro de la ciudad, donde hace su paseo matinal».

«Aquel es; no puede ser otro», me digo. Desciendo del automóvil. Me acerco, tímido, sin apenas atreverme a descubrir mi nombre, y Blasco, cordial el gesto, ancha la sonrisa, nobles los ojos, me alarga su diestra, que estrecha la mía con vehemencia, mientras su mano izquierda, apoyándose en mi hombro, parece ratificar el caudal de su cálida voz hospitalaria:

—¿Por qué no me avisó usted, según le decía yo en mi carta?

Asombrado, respondí:

—Pero, D. Vicente, si hace ya cinco meses, ¿cómo se acuerda usted?

E insistió:

—Usted debió avisarme, y yo le hubiera aguardado en Fontana Rosa. Si no tuviera que almorzar hoy fuera, le invitaría a usted. Y el caso es que mañana... Pero, aguarde, ¿puede usted tomar conmigo una taza de té mañana? Le espero a las cuatro.

Ya iba yo a despedirme, cuando me detuvo:

—No tenga usted prisa; todavía he de hacer una hora de ejercicio, ando mucho todas las mañanas; acompáñeme usted y le voy enseñando Menton, que es un encanto.

Accedí agradecido. Me cogió del brazo, y, mientras paseábamos por calles limpias y silenciosas, Blasco hablaba casi constantemente. Con frecuencia interrumpía su charla para saludar a peatones de la más diversa apariencia. Y una vez comentó:

—No puede usted imaginar cuánto me quieren aquí; ya habrá usted visto con qué cariño me saludan todos. Ahora puedo pasearme tranquilo; pero en invierno es casi imposible: turistas de todas partes del mundo, especialmente mujeres, se me acercan armados de su estilográfica y con un ejemplar de alguna de mis novelas para que se lo firme.

Y la voz de Blasco, optimista y satisfecha, nunca vanidosa, pero sí puerilmente orgullosa, me contaba la ejecutoria de su inmensa popularidad. Lentamente sus palabras declinaron nostálgicas:

—Usted sabe que mis ideas republicanas fracasaron hace tiempo en España; y ya que no pude influir decisivamente en la orientación política de mi patria, quiero servirla de otro modo. Me parece que el novelista, cuando lo es de veras, es el supremo poeta. Si Homero viviera en nuestra época, escribiría novelas, no poemas, aunque en el fondo son la misma cosa. Pues bien: ya habrá usted visto que en *La reina Calafia* canto las glorias de los españoles al contar la historia de California; con esa novela inicio una cuarta etapa de mi vida creadora que aspira a rehabilitar a los españoles más fuertes, discutidos y hasta calumniados en el pasado. Por eso quiero dar la vuelta al mundo. El español es el aventurero por excelencia, y en todos los rincones de la tierra dejó su huella. Yo quiero conocer los sitios por donde ellos pasaron. Y haciendo el viaje cómodamente, en un gran trasatlántico, podré apreciar mejor lo que hicieron mis antepasados en épocas de gran atraso material y de comunicaciones peligrosas, de las que no se podía obtener placer ninguno y sí exponerse a toda clase de riesgos. Por ahora la figura que más me atrae, por su voluntad inquebrantable, por su tenacidad, por su audacia, por lo española que es, en suma, es la del papa Luna, de quien me ocuparé después de mi viaje. También he pensado en la rehabilitación de los Borgia, Y no le digo nada de los conquistadores...

A las cuatro de la tarde del siguiente día me aguardaba Blasco en la biblioteca de su Villa Fontana-Rosa. La biblioteca se halla en un pabellón independiente de la residencia. Doce o catorce mil volúmenes la integran. Sobre dos anaqueles, sendos bustos de Wagner y Beethoven. Colgando de las paredes, el anuncio editorial de la

traducción al sueco de las obras de Blasco. Sobre una mesa, una escultura en bronce, hecha en Filadelfia, y regalada por un grupo de damas norteamericanas, de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Aquí y allá, retratos de Gabriel D'Annunzio, de Anatole France y de otras personalidades literarias, admirablemente dedicados.

El novelista habla de sus proyectos:

Pienso crear en España el Premio Blasco Ibáñez, que ha de concederse todos los años a la mejor novela. Aún no he decidido en qué forma será. Me atrae la idea de formar una academia libre, como hicieron los Goncourt, en la que entrarán los grandes valores que no estén en la oficial. Ya veré, ya veré; hay que estimular a los jóvenes; en España no se hace nada en ese sentido.

Y se paseaba, a largos pasos, de uno a otro extremo de la biblioteca.

—La mayoría de los que escriben ahora muestran una ignorancia lamentable en lo que se refiere a la novela. No saben que una cosa es ser escritor y otra ser novelista, y que el número de los novelistas es muy restringido en comparación con el de los escritores. Bien puede afirmarse que por cada cien escritores hay dos o tres novelistas nada más. A mí, muchos compatriotas míos, por no tener el trabajo de leerme, o porque les dolería leer las obras que he escrito en esa mesa, me siguen conociendo solo por *La Barraca*. Nada tan cómodo como pegarle a un escritor una etiqueta literaria, ¡y a otra cosa! Igual pasó a Zola con *La Débâcle*. Pero lo que hay, en mi caso, no es solo pereza y falta de curiosidad literaria, humana; es... que cuando escribía mis novelas valencianas en la mesa de *El Pueblo* era pobre, y ahora, a fuerza de dieciséis horas de trabajo diario, he logrado que me lea el mundo entero. Por eso, como le decía a usted ayer, quiero aprovechar mi auge para reivindicar a las grandes figuras de la España pretérita.

Blasco hace un alto. Se asoma a una ventana y me dice:

—Mire qué día tan hermoso. ¿Quiere usted que salgamos al jardín? Le gustará a usted mucho. En él he querido hacerme un rincón de mi Valencia; he querido traer mi tierra a Francia.

Ya en el jardín, Blasco conversa con más alegría, sonriente siempre:

—Esos azulejos son valencianos; y esas plantas; mire usted que bella la fuente, ahí, en el centro. Cuando esté todo arreglado, será como estar en Valencia. Y para mejor ver el mar, he mandado construir aquella torre. Tiene noventa pies de altura. Ande; suba usted.

Llamó al secretario para que me acompañara, explicándome:

—Yo no me atrevo a trepar tan alto, porque aún no tiene baranda la escalera y puedo sufrir vértigo. Pero ustedes son jóvenes; ande usted, Dorotte, acompañe a Balseiro; yo les aguardo aquí.

\*\*\*

Montecarlo.—A la noche siguiente, Blasco Ibañez y yo nos vimos en el Casino de Montecarlo, tan conocido de sus lectores, Blasco estaba de mal humor. ¿Por qué? Telegramas llegados del Japón daban cuenta de los terribles terremotos que arruinaban ciudades enteras. Y la dirección del Casino, internacionalmente cortés, había dado orden de suspender el concierto que en el quiosco del establecimiento habría de dar la orquesta esa noche.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con otra? —me preguntaba Blasco—. ¿De dónde se sacarán que música y alegría son la misma cosa? ¡Y esta noche que tocaban a Wagner y a Beethoven!... Es inexplicable, absurdo, idiota...

Pasamos al mayor de los salones de juego. Nos sentamos en un diván, y Blasco me dijo:

—¿Ve usted esa mujer que juega ahora? Está enamoradísima de aquel hombre rubio que la mira constantemente, y que también está enamorado de ella. Pero ahora no le hace caso. En la mujer puede más el juego que la atracción sexual, ¡y no se diga que el amor! Si gana, ni le mirará siquiera. Si pierde, como él no tendrá más dinero, le buscará.

En efecto: al pase siguiente, la mujer perdió su *resto*. Púsose en pie. Se acercó a su enamorado, que le dio el brazo y salieron del salón.

—El novelista ha de estar en contacto con la vida siempre. Yo jamás me valgo de un ser o de un caso concreto para mis novelas; pero siempre me apoyo en la realidad, en una realidad humana; y después, mientras más fantasía y más imaginación, tanto mejor.

New York.—Muchos son los recuerdos neoyorquinos que relacionados con Vicente Blasco Ibañez acuden a mi memoria. Citaré solo unos pocos.

El representante de Blasco en aquella ciudad, míster Kennedy, caballero pelirrojo, perteneciente a una vieja y distinguida familia norteamericana, previno para el novelista habitaciones en el hotel Mc'Alpin. Le instalaron provisionalmente. Y después el empleado a cargo del departamento español del hotel le pasó a los aposentos más agradables, a juicio suyo, para Blasco. Además, sabía que a D, Vicente le gustaba el

canto extraordinariamente. Y te guardaba una sorpresa. Cuando entramos, escuchamos una voz de tenor haciendo ejercicios de vocalización.

—¿Qué es eso? —preguntó Blasco, extrañado.

A lo que respondió, algo desconcertado ya, el hotelero:

—Es Fleta, que debuta mañana en el Metropolitan, y...

—Pues entonces será mejor que me acomode usted en otra parte, porque una cosa es esto, y otra gustar del canto: tengo que escribir un escenario cinematográfico que me contrató mi representante para Mae Murray, y no es cosa de dictar oyendo gorjeos.

Media hora después, Blasco quedaba instalado en otro piso del hotel.

Una mañana me telefoneó D. Vicente:

—Balseiro, el encargado de la librería Brentano me ha invitado reiteradamente a que visite su establecimiento; ¿quiere usted acompañarme hoy? Ya sabe usted que no sé inglés, ni lo aprenderé nunca.

Acepté, gustoso. Cuando bajamos del Mc'Alpin, y antes de cruzar hacia la Quinta Avenida, me dijo D. Vicente:

—Oiga usted, Balseiro, ¿qué pasa aquí hoy que hay más movimiento que ayer?

Yo, la verdad, no advertía la diferencia, y respondí:

—A mí no me parece así; Broadway siempre está muy concurrido por esta parte.

Blasco insistió:

—Creo que se equivoca usted; pregúntele a ese policía.

Y yo, por complacerle más que por pensar que tuviera razón, indagué. El policía me respondió: «Hay elecciones parciales».

Solo quien conozca bien Nueva York será capaz de apreciar, por esa anécdota, cuán agudo y certero poder observador tenía Blasco Ibáñez. Pues para las elecciones, ya generales, ya parciales, en la ciudad del Hudson ponen tal cantidad de colegios electorales, que los electores, por muy repartidos, no son más, al entrar en su colegio, que los transeúntes que penetran en una tienda o en cualquier oficina.

Cuando íbamos por la Quinta Avenida fue cuando mejor pude apreciar la popularidad de Blasco en los Estados Unidos. Muchos fueron los transeúntes que le reconocieron, y muchos los que, pronunciando su nombre, se descubrían a su paso. Y, ya en la librería, apegas pudimos hablar con el encargado. Tan pronto como los clientes advirtieron que aquel era míster Ibáñez, el autor de *The Four Horsemen of the Apocalipsis*, sin que mediara dependiente alguno, cogían un ejemplar de cualquier obra

de Blasco traducida al inglés, y corrían hacia el novelista que había aprendido ya a poner una frase muy de ocasión: *With the best wishes* (con los mejores votos). El negocio acrecentaba. Los transeúntes, contemplando, a través de las grandes ventanas de cristal, que algo anormal acontecía en la librería, entraban. Rápidamente imitaban a los precursores. Blasco seguía firmando, satisfecho. Hasta que el encargado, asombrado, suplicole que no siguiera; era hora de cerrar, y podían multarle si la tienda seguía abierta y haciendo ventas.

Otra mañana me llamó para invitarme a almorzar. Luego iríamos a ver el *Franconia*, trasatlántico que iba a llevarlo alrededor del mundo. Cuando llegamos al muelle de la Cunard Line, el guarda nos dijo que no podíamos pasar al buque. En ese momento pasó por allí un oficial. Le hablé en nombre de Blasco. Y tan pronto como oyó su nombre, nos condujo a bordo y nos mostraron todo el buque. Hasta en el gimnasio estuvimos, donde Blasco, que hubiera querido hacer cabriolas en las argollas, me dijo:

—Eso usted, Balseiro, que es un muchacho; yo tengo ya mucho vientre. Ahora que, si no tuviera, durante la travesía, que escribir otro argumento para cine, creo que antes de llegar a Panamá daba esa vuelta que usted ha dado con mucha más facilidad que usted; yo he sido muy fuerte...

Al siguiente día Blasco firmó nuevos contratos de traducciones y adaptaciones de sus libros a la pantalla. Y estuvo en un tris de hacer venir a Rodolfo Valentino desde California, para que representara, en un escenario de New York, la adaptación teatral de *Los cuatro jinetes* hecha hacía poco por un comediógrafo español: había que aprovecharse del pleito entre Valentino y su empresa. Pero el inglés de Rodolfo era de muy dudosa pronunciación. Y no pudo ser...